

XXIX.

MIS ESTUDIOS, O LA PUREZA PROTESTANTE.

Cuando el buen Smith poníase á perorar, no concluía pronto, y por añadidura los episodios sucedíanse los unos á los otros lo mismo que las cerezas, aunque siempre con singular alegría de mistress Nedle, que procuraba, sobre todo, fortificar en el corazón de su hijo el celo y el amor á la Alta Iglesia. A fin de asegurarse más de la pureza de sir Roberto, preguntóle:—Cuando llegásteis á Ginebra, ¿os hallábais firme aún en vuestra confesión, ó bien íbais por ansia de novedad?

—¿Qué? contestó Smith; era yo anglicano de corazón, cuanto lo puede ser un

alumno de la universidad de Cambrigde, donde había concluido mi carrera de letras: sólo que tenía la manga bastante ancha.

—¿Y los treinta y nueve artículos?

—Los consideraba oro de buena ley, salvo que los extendía más bien que los estrechaba, á fin de que penetrasen en el empuje, vestidos y calzados, todos los disidentes. ¡Oh! Si tomado hubiese á la letra lo que ví en Ginebra, hubiese bastado para dilatar mi fe, haciéndola tolerante.

—¿Qué vísteis?

—Vi, contestó el viejo Smith con voz grave, que allí sucedía más pronto lo que más tarde pasó y ocurre en las comuniones protestantes de todos los matices: el pueblo continúa firme sin duda en su fe sobrenatural, conservando su biblia, sus símbolos y sus confesiones; mas los doctos prescinden de ella disolutamente. En Ginebra lo vi con mis ojos, tomando en la representación alguna parte. Las antiguas reformas de Calvino habían respetado los dogmas fundamentales del cristianismo, á saber, la Trinidad de las divinas Personas y la divinidad de Jesús. Los descendientes de aquellos reformadores, más fieles al principio del libre examen que á las fórmulas de su igle-

sia, fueron poco á poco protestando, cada vez con más tirria. En una palabra; cuando llegué á Ginebra, ansioso de penetrar á fondo su ciencia religiosa célebre, la confusión no podía ser mayor. De todo el dogma cristiano, de todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, había quedado únicamente un moribundo resplandor de deísmo.

—¿Sin símbolos? preguntó la Needle.

—¿Sin biblia? preguntó John, que había-se acercado á Smith, y que, con los dedos sobre un piano, tenía fija en él la mirada, cual si devorar quisiere sus frases.

Julia, por el contrario, temerosa de quedar envuelta, muy á su pesar, en una discusión de la cual quería huir, diestramente tomó el portante. La Needle observó el hecho, y juzgándolo discreción, quedóse sobre todo encarecimiento contenta. Smith continuó:—Todo había terminado: los símbolos se habían suspendido de las higueras, y la biblia había-se desterrado. La Venerable compañía de los Pastores de Ginebra estaba de punta con la Academia, á cuyas cátedras iba yo como tantos otros, á fin de aprender la sincera doctrina de la Reforma; pero los profesores enseñaban en lenguaje bíblico las bellas teorías de Voltaire y de Rousseau. Por fortuna esta-

ba yo asido fuertemente á mis bravos treinta y nueve artículos. Entre tanto, comprended qué raza de ministros se educaban en tales escuelas, con el apéndice de la crápula, de los desarreglos y de lo demás...

—¡Pobres madres! exclamó mistress Needle.

—¡Pobres pueblos! deberíais decir, prosiguió el anciano. Los jóvenes así educados desempeñan todos los oficios pastorales; ahora existen en todas partes, y tiemblo al pensar que uno me habrá de asistir á la hora de la muerte.

—No os preocupeis de ello, dijo la señora; aquel debió ser un año climatérico.

—¿Qué? replicó Smith: todos los años son parecidos, si no peores. ¿Habeis conocido á sir Spencer?

—¿Cuál?

—El hijo del conde Jorge Jonh Spencer, primer lord del almirantazgo, que siendo ministro de nuestra confesión, declaróse papista, y ahora es fraile, si no ha fallecido últimamente.

—He oído hablar de él, dijo la Needle.

—Ahora bien: era éste aún de los nuestros cuando llegó á Ginebra, y le hablé por eutonces. ¡Era preciso oír cómo se in-

dignaba contando lo que había visto allí. ¡Cómo describía aquellos predicantes y ministros en ciernes, inquirir en los cafés lo que á su oficio pastoral correspondía, con el cigarro en la boca y los papeles en la mano! Por lo demás, las cosas que ví no eran del día de ayer, ni del día precedente, sino viejas, antiquísimas. El pueblo ginebrino decía contra ellas pestes y más pestes. En una palabra: el escándalo, como siempre, produjo la reforma. Se halló un grupo de ministros que se avergonzaron de estos horrores. Figuraos nuestros *tratarianos* ó *puseistas*...

—¡Dios nos libre! exclamó la señora, implacable hasta contra el nombre de los *puseistas*.

Smith, sonriendo:—En una palabra; figuraos á los reformadores; ansiosos de reedificar cosa sagrada y sobrenatural sobre la Biblia. Se reunieron en casa de un predicador de gran nombre, llamado Malan; fraternizaron con algunos jefes Wesleyanos y con los hermanos Moravos, jurando que vituperarían en público el paganismo dominante en Ginebra. La bomba estalló bajo la forma de un librito, que á la luz del sol demostraba la apostasía de la iglesia ginebrina, aduciendo como prueba los

pasajes de las obras de los pastores y de los públicos catedráticos, que renegaban de la divinidad de Jesucristo. No había nada que decir; el hecho estaba probado como tres y dos son cinco. Podeis imaginar la indignación del pueblo, mejor aún que sus maestros. Decían en alta voz que á aquellos señores de la Venerable compañía, los del Consistorio y los de la Academia, eran una cáfila de arrianos, de deístas, de socinianos, de ateos, y nada más. Hablábese sólo de la Biblia negada por los pastores, ó de la Trinidad de Dios y de la divinidad de Jesucristo escarnecida; estaba llena la población de lo que se decía, desde las salas del Gran Consejo hasta las relojerías, las fondas, las trastiendas, las tabernas donde se teologizaba entre los *chopines* de la cerveza y las copas del *kirschenwasser*. No tardaron los pastores en tomar su propia defensa, recurriendo á su autoridad y á su astucia, por serles imposible desvanecer con buenas razones la tacha de incrédulos. Publicaron un decreto fulminante, que prohibía las discusiones religiosas: suspendieron a Malan y castigaron de manera diferente á otros ministros; llevando la guerra después al territorio enemigo, diéronse á desacreditar en los pe-

riódicos á los nuevos regeneradores del protestantismo, como si fueran una manada de charlatanes santurrones que intentarían convertir á Ginebra en un convento de capuchinos. Cuando yo ví esta lucha desleal....

—Mas, decidnos por merced, añadió John interrumpiéndole: ¿á cuál de los partidos os inclinabais?

—¿Yo? Tenía poco más ó menos vuestra edad; era colérico como un potro, y tenía la cabeza á pájaros. Miraba aquella escaramuza de Ginebra como hubiera mirado una corrida de toros en Valladolid. ¿Qué peligraba yo? Nada. Había, por el contrario, ido allí para estudiar las opiniones de la iglesia ginebrina, y el estudio se hacía por sí propio, sin fatigarme sobre los libros; aquellas idas y venidas de la Venerable compañía, aquellas cabriolas de los pastores del Consistorio, aquellos profesores de la Universidad, me revelaban la íntima podredumbre de la iglesia.

—Mas en el fondo, dijo John insistiendo, ¿al lado de quién os poniais?

—¿Me lo preguntais? Como debe todo cristiano, me ponía de parte de la fe, de la Biblia, de losobrenatural (mistress Needle se llenó de gozo al oír estas palabras).

Exteriormente, sin embargo, mostraba buen semblante á todos (entonces se alegró John). Hice más aún, pues acudí en auxilio de la parte mejor; porque hubiera sentido en el alma que la reforma concluyera en juguetes y fanfarronadas. Me puse ocultamente de acuerdo con la sociedad bíblica de Londres, que se mostró dispuesta en extremo á sostener á los reformadores. Cubiertos al por mayor de bellas esterlinas, nosotros (digo *nosotros*, porque yo me había entregado al asunto en cuerpo y alma) comenzamos á guerrear en toda regla; construimos capillas y templos contra las capillas y templos de Ginebra; abrimos escuelas, cuidamos de nombrar ministros y predicadores, con gran cólera de la Venerable Compañía y todos ellos.

—Se ve, dijo la señora mirando á su hijo, que desde joven teniais el celo de la casa del Señor. ¡Ojalá lo tuviese mi John.

El joven:—No me juzgueis indiferente; quizá bajo la ceniza encubro más fuego del que imaginais. Tengo curiosidad de saber, señor Smith, qué lográsteis con vuestros esfuerzos.

—¿Qué quereis? Tuve sólo el mérito de una laudable acción. El cuerpo de los pastores era omnipotente por su tenacidad;

fijas las garras en los empleos lucrativos, tronaba en todos los púlpitos, ofendía desde todas las cátedras, batallaba en todos los periódicos, tenía, en fin, á las espaldas el auxilio del Gran Consejo y las fuerzas de los gobernantes: en una palabra, no pudimos edificar nada duradero. ¡Se necesita tan poco para conseguir que se crea el pueblo engañado! Eramos motejados de saltimbanquis y de bufones; los ministros chillaban en coro, que para entrar en la pureza de la reforma convenía romper ante todos los cepos de la escritura, de los símbolos y de las profesiones de fe; que de tales fórmulas sólo debía subsistir la quinta esencia, que es la libertad del espíritu, dándose alas á la razón, á la filosofía y á la crítica; que á la Academia ginebrina tocábale levantar la bandera de la restauración racional, etc., etc. ¡Abajo las vejeces, abajo las trabas, abajo las cadenas del pensamiento? Los pretendidos reformadores, que fingían querer restaurar en Ginebra los dogmas positivos é inmutables, eran en realidad adversarios del protestantismo, y desconocedores de su espíritu; cerebros angostos, obstinados en sacar del sepulcro una momia seca de cristianismo, los melindres de la devoción á Jesu-

cristo eran burlas desaliñadas, capaces de arrastrar á mujercitas, y nada más; no bien Ginebra diese oídos á los pastores jesuíticos, el papismo ó sea la gran meretriz predicha por el *Apocalipsis*, presentaría allí con las fauces abiertas para engullir á Ginebra, y á los ginebrinos, y á todos los protestantes. Esto se voceaba contra nosotros...

—¡Es posible! exclamó Jonh. ¿Eran necios los ginebrinos hasta el punto de no comprender que se trataba de los fundamentos del cristianismo? ¿No leen la biblia?

—Querido joven, respondió Smith; el pueblo es siempre pueblo; la biblia es un libro que no puede hablar, y permite que se comprenda como place al lector. ¡Oh! ¿Por ventura no tenemos trescientas ó cuatrocientas diferentes comuniones, fundadas todas en ella? Lo cierto es que allí el furor contra los reformadores llegó á tal punto, que los estudiantes de la Academia quisieron triturar la reforma con las violencias más brutales.

—¡Estudiantes de teología! exclamó John, semi-poniendo en duda y semi-escandalizándose de lo que oía.

—Os digo lo que ví con mis ojos, caro